



LAS DEL AÑO PASADO.

¿CONOCE el lector á *las de doña Calixta*? En un libro que anda por ahí con el rótulo de *Tipos y Paisajes*, se habla de ellas y de otras muchas cosas más. Si no las conoce, compre el libro. Si las conoce, con decirle que no se separan de ellas en todo el verano las aludidas en el título de este croquis, debe hallarlas en su memoria á poco que la registre.

Á mayor abundamiento, le daré algunas señas particulares. Son dos, madre é hija. La madre es achaparrada, con el pescuezo más bien embutido que colocado entre los hombros, y la cabeza ensartada en el pescuezo, como una calabaza en la punta de una estaca; tiene ancha y risueña la boca, fruncido el entrecejo, grises los ojos, poca frente, mucho pelo, mala dentadura y peor el cutis de la cara. La hija, por uno de esos caprichos inconcebibles de la naturaleza es todo lo contrario de su madre: de biza-

rras líneas, de hermosas y correctísimas proporciones; modelo del arte clásico, mármol griego, y, como de tal sustancia, fría é inanimada. Se llama Ofelia. Su madre no responde más que al nombre de Carmelita, aunque otra cosa se le grite al oído.

Los que lo entienden, dicen que Ofelia podría ser irresistible por la sola fuerza de su propia hermosura, con expresión en la fisonomía, flexibilidad en el talle y gusto en el vestir; pues además de rígida é inanimada, parece que es sumamente cursi. En cuanto á Carmelita, basta verla en la calle una vez para que el menos autorizado en la materia pueda decidir de plano que es un espantapájaros.

Táchase en las dos, como resabio de su mal gusto, un afán inmoderado de hacer ver á todo el mundo que siempre llevan zapatos nuevos, de los más relumbrantes ó de los más historiados.

Cómo empezaron sus relaciones con las de doña Calixta, no lo sé yo: acaso hubo entre unas y otras esa atracción misteriosa que se explica en latín con aquello tan sabido de *similis, similem querit*; pero es indudable que desde que por primera vez llegaron á Santander á veranear, intimaron con la «coronela» y sus tres hijas, como dos gotas de agua con otras cuatro. Á sus reuniones van, á sus amigas visitan; con

ellas recorren de día y de noche calles y paseos; *por* ellas pagan sorbetes en el café, coches al Sardinero y lunetas en el teatro; y en su exclusiva compañía asisten á los bailes campesinos, á las serenatas, á las procesiones y á las solemnidades públicas.

Desde la primera vez que se la vió en este pueblo, llamó la atención la hermosura de Ofelia; pero ni los hombres la codiciaron, ni las mujeres la temieron: sus ya enumerados defectos, y el contrapeso estrafalario que le hacía su madre constantemente, entibiaban hasta el frío el entusiasmo de los unos, y tranquilizaban hasta el desdén á las otras. Nadie, pues, supo su nombre, ni quiso cansarse en preguntar por él. El primer año, si se la citaba en una conversación, se decía únicamente: *esa que anda con las de doña Calixta*. Desde el verano siguiente, ya se las llamó, á ella y á su madre, *las del año pasado*; especie de mote que revela cierto cansancio de verlas y pocos méritos para murmurar de ellas más de una vez.

Las de doña Calixta están locas por Ofelia. En su presencia, la ensalzan hasta la adulación; ausente, aburren al lucero del alba hablando de su hermosura, de su elegancia, de su brillante posición, de sus relaciones entonadas en Madrid, de las magníficas proporciones que desecha, de sus deseos de llevarlas á pasar el

invierno á su lado, de las cartas que se escriben desde que se va de aquí, y de los encargos que se hacen mutuamente.

—Pero ¿quiénes son ellas?—se ha preguntado muchas veces á las de doña Calixta.—¿Qué pito tocan en Madrid; cuál es su verdadera posición social?

Á las cuales preguntas jamás han dado las interrogadas una respuesta satisfactoria; porque, á decir verdad, no están ellas en el asunto mucho más enteradas que los preguntantes. Y bien sabe Dios que hacen todo lo posible por ajustar á sus amigas las cuentas al menudeo; pero sea porque el asunto es harto sencillo y no necesita explicaciones y está á la vista, ó porque realmente hay malicia para disfrazarle, es lo cierto que las de Madrid no acuden al interrogatorio con la claridad que desean las de Guerrilla.

—¡Dichosa de tí—dicen éstas á Ofelia en sus frecuentes confidencias con ella;—dichosa de tí, que puedes vivir en la corte con todas las ventajas que te dan tu posición y tu figura!

—No tanto como creéis,—contesta Ofelia entre desdenosa y presumida.

—¡Ay! no me digas eso... Dí que Dios da nueces... Aquí te quisiera yo ver todo el año.

—De modo que, mejor que aquí, desde luego os confieso que se pasa allí el tiempo; pero de esto á lo que vosotras pensáis...

—¡Madrid! con aquellos paseos, con aquellos teatros, con aquella tropa y aquellas músicas... Todo el día estarás oyéndola, ¿verdad?

—Psé... Como no sea alguna vez que voy á la parada con mamá...

—¡Á Palacio!... ¡qué hermosura!... estará la plaza llena de generales.

—Ni se *arrepára* en ellos, chicas... La última vez que fuimos se empeñó el coronel *entrante* en que tomáramos asiento en el pabellón...

—Y tú, con esa sequedad condenada, no que-rrías.

—Claro está que no.

—¡Uf, qué rara, hija!... ¡Me da coraje ese genio! No me extraña que te sucedan ciertas cosas.

—¿Qué cosas?

—Por de pronto, aburrir á tus proporciones y hacerlas creer que las desprecias, que es lo mismo que si las tiraras por la ventana... Ya ves cómo lo creyó aquél de quien nos hablabas ayer...

—¡Mira qué ganga!... Un simple *catredático*.

—Ya se ve ¡como tienes otros adoradores de alto copete!

—No lo dirás por el *comendante* que me echó la carta por debajo de la puerta.

—Ya sabes tú que voy por más arriba.

—Por el marqués de la esquina, ¿eh?

—¿Se llama así?

—No, pero vive á la esquina de la calle, dos puertas más abajo que nosotros... como vive un duque tres puertas más arriba y un conde enfrente.

—De modo que en tu calle todos sois personajes.

—Eso sí.

—¡Qué gusto! ¿Y lo del marqués será cosa hecha?

—Psé... Hay poco que fiar, si os he de decir la verdad; no porque él no esté bien apasionado, sino porque como en Madrid hay tantas proporciones y cambia una tantas veces de parecer... Esto nació del teatro Real... Como es muy amigo de papá, me acompañó hasta casa á la salida. Después me ha visitado muchas veces, y siempre ha tenido alguna cosa que decirme al oído.

—Y tú, ¿qué le has contestado?

—Que se lo diga á papá.

—¿Ve usted? ¿Á que desprecias también esa proporción?

—Allá veremos.

—¡Ay, qué sangre de chufas!... ¿De modo que vas muy á menudo al Real?

—Bastante.

—Estarás abonada.

—No quise que se abonara papá á turno con las *Consejeras* del principal: ellas bien me lo ro-

garon; y desde entonces, porque no lo tomaran á desprecio, no me he abonado nunca.

—¡Buenas estarán aquellas funciones! ¡Qué concurrencia habrá allí!

—Mucho personaje... toda la corte... y muchísimo título; pero de confianza.

—Como que os conoceréis todos.

—La mayor parte son íntimos de papá.

—¿Por qué no tiene título tu papá?

—Porque, como él dice, está por lo positivo.

—¿Tendréis carruaje?

—¡Como hay tantísimos de alquiler!...

—Es verdad.

—Por supuesto, que te escribirás con el marqués.

—Anda, curiosa, picarona, ¿quieres saber tanto como yo? ¡Esas cosas no se dicen, ea!

Y con esto, ó algo parecido, y cuatro palmas ditas sobre el hombro de la preguntona, corta Ofelia el interrogatorio á que todos los días se la somete, y cambia de conversación.

Entre su madre y doña Calixta pasa, en el ínterin, algo por el estilo.

—¿Y cómo no se anima su esposo de usted á acompañarlas algún verano?—pregunta á la de Madrid la coronela.

—Porque no puede, doña Calixta.

—¡Que no puede!... ¡un hombre de su posición!

—Pues por lo mismo. ¡Usted no sabe, doña Calixta, qué bregas y qué *laberintos* trae ese hombre de Dios metidos en aquella cabeza! Ya se lo digo yo bien á menudo: «¡Cualquiera pensará que no tienes qué comer!»

—Lo mismo me pasa á mí con el coronel, Carmelita. Ahí le tiene usted metido en sus haciendas todo el año de Dios. Hoy, que está levantando la presa de una fábrica de harinas; mañana, que va á los cierros con un regimiento de cavadores; otro día, que está cercando una mies que compró la víspera; ahora, que construye una casa de labor; después, que entró la peste en la ganadería y ha tenido que visitarla con los albéitares; cuándo que los colonos; cuándo que el administrador... ¡Nunca jamás tiene un día para ver á su familia!... «Pero, hombre—le he dicho algunas veces,—sacrifica media semana siquiera para saludar á estas señoras tan buenas y que tanto nos quieren...» Como si callara, Carmelita...

—Pues sucediéndole á usted eso con su esposo, ¿cómo le extraña que el mío no nos acompañe jamás?

—Creía yo que los negocios de ese caballero no serían de los que amarran tanto como las aficiones de Guerrilla.

—¡Mucho más, doña Calixta! Figúrese usted que mi esposo no tiene hora libre. Estamos al-

morzando: carta del ministro de Hacienda para que se vea con él inmediatamente; nos sentamos á comer: volante del gobernador que tiene que hablarle *de continente*; vamos á salir al Prado, ó á la Castellana, ó al teatro, ó al baile de Palacio, es un suponer: pues el diputado, ó el ayudante del general, ó el diablo, está ya á la puerta para que se vea en el *azto* con el presidente de las Cortes, ó con el capitán general, ó con el director de Beneficencia, sobre que la contrata, ó el sumministro... Le digo á usted que él podrá ganar buenos caudales, pero buenos sudores le cuestan al pobre. Así es que algunos días tiene un humor que tumba de espaldas.

—Y ¿por qué no tiene un hombre de su confianza en quién descansar?

—Porque, como él dice, «hacienda, tu amo te vea.» Lo mismo le pasará á su esposo de usted.

—Es verdad; pero ya que tan bien le ha ido y le va con los negocios, ¿por qué no se retira de una vez? La salud ante todo, Carmelita. Y para una hija sola que tiene...

—Cierto es eso; pero los negocios parece ser que están enredados unos con otros, y que no es tan fácil como se cree echar el corte cuando se quiere... Y si no, pregúnteselo usted al coronel.

—En verdad que algo de eso suele decirme á mí Guerrilla cuando le llamó codicioso, y le

aconsejo que lo deje todo y se venga al lado de su familia.

—Pues velay, usté.

—Ya, ya; ya me hago cargo.

Y por más vueltas que dan la madre y las hijas á sus interrogatorios, no sacan otra cosa en limpio las de doña Calixta, con respecto á la verdadera posición social de sus amigas de Madrid.

Algo pudiera decirlas yo que les ahorrara más de la mitad del camino para llegar al asunto; pero ¡vaya usted á ponerlo en sus bocas! Toda la veneración que sienten por Ofelia, no alcanzaría á impedirles que se lo contaran, *en secreto*, al primero que les manifestara el mismo afán que ellas tienen hoy. Y que ese *algo* no debe publicarse después de haber ellas mismas ensalzado tanto la prosapia de Ofelia, es indudable. Y si no, que lo diga el imparcial lector, á quien hago juez en el asunto. Trátase de una carta que las de Madrid se dejaron olvidada, debajo de la cama, en la casa de huéspedes que habitaron el verano pasado; carta que llegó á mi poder, no diré cómo, y canta así:

«Mi más querida esposa Carmelita y amadísima hija Ofelia: Sus escribo la presente para decirvos que estoy bueno de salud, y para que me digáis cómo anda la vuestra; pus va diquíá dos semanas que no recibo carta de vosotras.— De paso sus alvertiré que, como la lezna no en-

tra por onde señala, lo de la contrata de zapatos para el Hospicio no salió esta vez como las otras; y gracias que lo cuento en mi casa. Parece de que antier volvieron los chicos descalzos al establecimiento, porque, á resultas de la lluvia, se reblandeció el cartón de la suela y se descubrió el ajo.—Diréis que cómo otras veces ha pasado el engaño, y ahora no.—Sus diré á eso que, en primer lugar, esta vez, por guitonada de los oficiales, no se dió bien al cartón el unto que sabéis y con el que aguantaba un zapato siquiera tres posturas (no mojándose en la segunda); y después, porque ya no está allí el encargado de enantes, que además de recibir la obra por buena, echaba á los chicos la culpa de la avería, cuando se le quejaban de ella. Tomó cartas ahora el administrador, y me baldó. Por buena compostura, he consentido en perder todo el valor de lo entregado, que, por fortuna, de cartón era ello y de badana. ¡Bien haya los sofocos que me dí cortando pares en el mostrador! ¡Y yo que pensaba calzar á medio ejército de tropa, por lo que, como sabéis, tenía echado un memorial en el ministerio! Me temo que lo del Hospicio no me ha de favorecer nada para el caso. Y lo peor es que por atender con todos mis operarios á la tarea, los parroquianos de fino han estado mal servidos, y algunos me dejan.

»Á todo esto, sus diré que el marqués de la esquina se ha casado en Alicante con una viuda rica y vieja, para salir de trampas. Bien sus decía yo que estaba más tronado que una rata, y también sus dije que me debía los botitos de dos años; y ahora sus diré que además me debía siete duros que me pidió una noche al pasar por la tienda, porque no llevaba suelto. Cuando venga le pasaré la cuenta de todo; y si paga, que no pagará, eso saldremos ganando... ¡y gracias que no nos debe más, que bien hubiera podido ser! No hay que pensar en estos marqueses que soban mucho á los artistas que tenemos hijas guapas.

»Esto me acuerda que ya van cinco veranos que veraneáis en esa, sin el menor apego de *indiano*, como sus figurestes. Con un par de negocios como el del Hospicio, sacabó la tela, y, como el otro que dice, el veraneo de moda. Mucho sus quiero, pero no sé si podréis ripitir.

»Venisus pronto, que ya me hacéis falta para el ribeteo de fino: acordarvos de que pierdo dinero pagando, más de mes y medio, oficiales que hagan vuestra labor.

»Tocante á lo demás, divertisus mucho, pues bien sabéis sus ama y sus estima vuestro esposo rendido y amante padre,

CRISPÍN DE LA PUNTERA.»



EN CANDELERO.

QUE va á Alicante; que prefiere á Valencia; que acaso se decida por Barcelona.

—»Que ya no va á Barcelona, ni á Valencia, ni á Alicante, porque viene á Santander.

—»Que ya no va á ninguna parte.

—»Que le son indispensables los baños de mar, y que tiene que tomarlos.

—»Que se decide por la playa del Sardinero.

—»Que vendrá en julio; que acaso no pueda venir hasta principios de agosto; que lo probable es que ya no venga hasta muy cerca de setiembre.

—»Que ya no viene ni en julio, ni en agosto, ni en setiembre.

—»Que, por fin, viene, y se cree que se hospedará en una fonda del Sardinero.

—»Que es cosa resuelta que llegará el tantos

de julio, y que no se hospedará en el Sardine-ro, sino en la ciudad.

—»Que no se sabe si le tendrá en su casa el marqués de X, ó el conde de Z, ó don Pedro, ó don Juan, ó don Diego.

—»Que resueltamente se hospedará en casa del señor de Tal.»

Eso, y mucho más por el estilo, cuentan, corrigen, desmienten, rectifican y aseguran todos los días estos periódicos locales, con el testimonio de los de Madrid y algunas correspondencias particulares, desde mayo á fin de julio, casi en cada año, refiriéndose á alguno de los personajes que á la sazón se hallen *en candelero*.

Un día vemos conducir á hombros, por la calle, una lujosa sillería, un espejo raro, una mesa de noche muy historiada... algo, en fin, que no se ve en público á todas horas; observamos que las señoras indígenas transeuntes se quedan atónitas mirando los muebles, y hasta las oímos exclamar:—«Son para el gabinete que *le* están poniendo. El espejo es de Fulanita, la mesa de Mengano y la sillería de Perengano.»

Y llega el tanto de julio; y por la tarde se ven fraques, levitas y tal cual uniforme, camino de la Estación, y además el carruaje que envía el señor de Tal, propio, si le tiene, y si no, prestado.

Poco después estallan en el aire, hacia el extremo del andén, media docena de cohetes, y casi al mismo tiempo se oye el silbido de la locomotora que entra en la Estación. Luégo salen de ella los viajeros vulgares, y puede verse en el fondo, en frente de la puerta, un grupo de personas apiñadas, confundiéndose en él el oro de los uniformes con el negro paño de la media etiqueta; el cual grupo se cimbreaba de medio arriba muy á menudo, dejando ver, á tiempos, en su centro, una persona erguida é impasible, como ídolo que recibe la incensada; después el del centro del grupo, con otros tres de la circunferencia, toman asiento en el carruaje; sale éste al trote de sus caballos; síguenle, echando los pulmones por la boca, dos docenas de granujas impertinentes, y una pareja de guardias municipales que llevan los paraguas y los abrigos de algunos de los que van en el coche, y vuelven á verse los mismos fraques y galones de antes camino de la Dársena, pero dispersos y en desorden.

Y andando, andando, el carruaje llega al punto de su destino.

—¿Cuál de ellos es?—pregunta algún curioso, al ver apearse á los del coche.

—Ese que va en medio...

—Pues no tiene la mejor traza,—replica el preguntante, con cierto desaliento, en la creen-

cia, sin duda, de que el hombre está obligado á embellecerse á medida que asciende en la escala de los empleos.

Los que le acompañaron hasta su misma casa, salen de ella á poco rato; y cuando anochece, comienzan á llenar de ruido la barriada la charanga de la Caridad, y sucesivamente todas las murgas que de la caridad pública viven.

Al día siguiente vuelven á verse por la calle las libreas de la etiqueta. Son de los que tienen obligación de ir á ofrecer sus respetos al recién venido, y de las comisiones de esto y de lo otro. Recibe á cada grupo á hora distinta, y tiene para todos frases bastante lisonjeras, ya que no muy variadas.

—Señores—suele decirles:—yo me felicito de recibir el cordial saludo de... (aquí lo que sean los visitantes) tan dignos y beneméritos. Estad seguros de que si seguís prestándonos todo el apoyo de vuestra importantísima adhesión y de vuestro celo é inteligencia en el desempeño de vuestros respectivos cargos, el Gobierno se envanecerá de ello; y el país, que tanto espera de nosotros, porque por nosotros está nadando en la felicidad y en la abundancia, os lo recompensará con largueza. Yo, fiel intérprete de sus deseos y aspiraciones, os lo prometo en su nombre.

Se dicen luego cuatro vaguedades sobre la salud del visitado, sobre la virtud de los baños de ola, y sobre el paisaje y el clima de la Montaña, y á otra cosa.

Al segundo día, aún se ven algunos curiosos... y curiosas de copete, husmeando hacia la puerta de la calle, á las horas probables en que él ha de salir.

Al tercero, nadie se acuerda ya del personaje. Sólo la prensa local se ocupa, con un celo superior á todo elogio, en decirnos si va ó si viene; si le *pintan* los baños; si piensa darse tantos ó cuántos, y cuántos se ha dado ya; si prefiere el bonito á la merluza; con quién comió y con quién comerá; á qué hora se acuesta; quiénes le hacen la tertulia; de qué lado duerme y á qué hora se levanta.

Al octavo día, observa la gente que por la Plaza Vieja sube un coche lleno de señores muy espetados.

—Ahí va,—dicen algunos.

—¿Adónde?—se les pregunta.

—A visitar el Instituto. Desde allí irá á la Farola. Ahora viene del Cristo de la Catedral.

—Entonces ¿está ya para marcharse?

—Claro; ¡cuando le enseñan *eso!*...

Y así es, en efecto. Al cumplirse la semana y media desde su llegada, vuelven á verse una mañana, camino de la Estación, los fraques, los

galones, el coche, los granujas y los policías de la otra vez; y en el andén, el mismo grupo dando sombreroadas y apretones de manos al propio personaje, que va poco á poco desapareciendo en un coche reservado y muy majó; estalla en los aires otra media docena de cohetes; vuelve á silbar la locomotora, y parte el tren hacia la Peña del Cuervo, dejando detrás la consabida crencha de humo vaporoso, que ondula, se enrosca y serpentea, y al cabo se pierde y desvanece en el espacio, como todas las vanidades de la tierra.

Durante algunos días después, la gente *bien informada* se las promete muy felices para los intereses del común. Todos los proyectos que el Municipio tiene pendientes de superior resolución, serán despachados «como se pide;» habrá subvenciones para esto y para lo otro y para lo de más allá; el puerto va á quedar como nuevo; los barrancos que están á expensas del Estado á las inmediaciones de Santander, volverán á ser anchas, firmes y cómodas carreteras... Él lo ha prometido; él lo ha asegurado; él se lo ha ofrecido en confianza á Juan, á Pedro y á Diego... Va muy satisfecho de *nosotros*, ¡contentísimo de la acogida que se le ha hecho!

Claro es que ninguna de estas ofertas se cumple, no sé si porque, en realidad, no se hicieron, ó porque se olvidaron, como tantas

otras; pero, en cambio, un día del próximo otoño amanecen Caballeros y Comendadores de tal y de cual, seis docenas de ciudadanos que se acostaron simples mortales como yo. ¡Única estela que hoy dejan, á su paso por los pueblos, los varios españoles que gozan del eventual é inestable privilegio de ser recibidos con música y cohetes!

